

La secularización e integración del sinarquismo a la vida política *

LEONOR LUDLOW WIECHERS

En 1947 se celebró en la ciudad de León, Guanajuato, una gran concentración para conmemorar los primeros diez años de vida de la UNS, aun cuando el movimiento había perdido fuerza tras los descabros y divisiones internas que lo habían sacudido en los años anteriores. El sinarquismo todavía era importante en la región del viejo centro del país, como lo demostró el contingente de quince mil personas que asistieron a la ciudad de León para festejar el décimo aniversario de sinarquía nacional.

En la IX Junta de Jefes Nacionales, celebrada en diciembre de 1947, se hizo un balance de aniversario. Se pensaba en un futuro prometedor, en un renacimiento del movimiento, ya que se advertía "...Que el pueblo sinarquista ha esperado la justicia que le ofreció el movimiento durante diez años, en los que él ha puesto de su parte cuanto se le ha perdido" (Padilla, 1948:350).

El décimo aniversario significó una nueva oportunidad para la corriente tradicionalista y ultramontana del sinarquismo, que retomó la directiva del movimiento con el objeto de devolverle su misión confesional. El ultramontanismo es una expresión de la cultura católica que

se propone llevar a cabo una crítica cerrada y minuciosa de la efímera consistencia de las instituciones y de los ordenamientos emanados de la revolución (francesa), así como librar la fuerza coercitiva del Estado de las peligrosas oscilaciones de la anarquía y del despotismo para confiarla a algo seguro y granítico que la trascienda y la legitime, es decir, el estado teocrático (Quagliani *apud* Bobbio y Mateucci, 1982:1653-1654).

Esta corriente fue el último intento por rescatar la labor misionera y providencialista que habían adoptado los primeros líderes de la UNS. Esta tentativa habría de suponer un enfrentamiento con las nuevas directrices diseñadas por los grupos moderados del sinarquismo y por la propia jerarquía eclesiástica, las cuales estaban fundadas en las nuevas condiciones

* II Seminario de Historia Contemporánea de México: "Modernización costosa: revisión crítica de la historia de 1940 a 1970". Mesa: Actores sociales.

políticas, tales como la convivencia y colaboración entre el Estado y la Iglesia en México, así como en el abandono de las posiciones nacionalistas a partir de la adopción de la bandera panamericana.

IDENTIDAD Y TRADICIÓN DEL ULTRAMONTANISMO MEXICANO

Esta tendencia, que fue dominante por varios años entre las filas sinarquistas, se identificó fundamentalmente con los postulados del autoritarismo católico que en esos años fueron sustentados por el grupo de acción española (1931-1937), sin embargo, era menor la simpatía hacia los principios de la Falange, donde predominaban las visiones seculares de la política (Hermet, 1980:88-102).

Defensor de las estructuras tradicionales de la sociedad mexicana, el sinarquismo se comprometió a contrarrestar la modernidad propuesta por los regímenes posrevolucionarios (secularización) e impulsada por el desarrollo capitalista. Los ideólogos de la UNS prometieron combatir el poder del Estado laico en ámbitos tan diversos como eran la reforma agraria, por la tutela ejercida sobre el ejido, y el monopolio estatal en materia educativa. Pero también se propusieron contrarrestar las manifestaciones laicas en las costumbres y formas de vida, que se expresaban fundamentalmente en las ciudades mexicanas como producto de los procesos de rápida urbanización y expansión de las clases medias (Meyer, 1977:125-130 y 147-195).

Esta tendencia manifiesta en las filas sinarquistas encarnaba el espíritu de las viejas luchas entre poder político y poder eclesiástico que habían caracterizado la historia de México. Los sinarquistas se presentaban como los herederos de la Contrarreforma española del siglo xvi, ya que la "España misionera" era la "síntesis del progreso alcanzado por el Viejo Mundo", de donde había que restaurar la unión de América-España-Iglesia católica, ya que constituían "Los valores fundamentales que presidieron nuestro nacimiento como nación" (*El Sinarquista*, 1 de abril de 1939, 15 de mayo de 1941, 21 de noviembre de 1943).

Para estos sectores, el enemigo principal estaba encarnado en la conjura "judeo-masónica" que, bajo diversas manifestaciones ideológicas (liberalismo, socialismo y comunismo) o bajo el protestantismo, había emprendido una prolongada "acción anticatólica" en el país. Es decir, se trataba del rechazo a las reformas al poder económico y político de la Iglesia que se habían implantado en diversos momentos de la historia, iniciándose con los ilustrados españoles del xviii, cuyos planteamientos de corte regalista y secular fueron recuperados por los liberales decimonónicos; principios rectores retomados después por los constituyentes de 1917 y llevados a la práctica por los gobiernos de la etapa radical de la posrevolución.

Los sinarquistas ultramontanos consideraban que esta acción había sido dirigida por Estados Unidos, ya que la descatalogación del país permitiría

a los estadounidenses absorber fácilmente a México. El antiyanquismo sinarquista se contraponía a su acendrado hispanismo, ya que éste era el ejemplo a seguir, ya que España era no sólo la matriz de la Contrarreforma en los días de la instauración del sistema colonial, sino también porque a su juicio ese país había realizado una "gran cruzada" por la restauración, como la que había efectuado la dictadura de Francisco Franco en defensa de la religión católica.

José Ignacio Padilla fue uno de los máximos exponentes de esta corriente ultramontana en el sinarquismo, al que consideraba como sinónimo de contrarrevolución en un escrito de 1948, ya que el movimiento tenía como objeto la "restauración de la vida católica", porque sostenían: "Conquistaremos el poder. Transformaremos el poder. Recristianizaremos el poder en México. Somos la contrarrevolución política. Vamos hacia la implantación de un orden social cristiano (Padilla, 1948:375).

LAS ETAPAS DEL MOVIMIENTO SINARQUISTA (1932-1947)

La Unión Nacional Sinarquista había sido fundada en la ciudad de León, Guanajuato, en 1937; el calificativo de sinarquía significaba la lucha y el combate contra la anarquía (sin=contra, anarquía=desorden), es decir, contra el caos y el desorden que según ellos caracterizaba al régimen posrevolucionario, encabezado en ese momento por el presidente Lázaro Cárdenas; para el líder más importante de la UNS, este régimen se definía por: "El ateísmo oficial, militante, obligatorio, nacional, para suplantarse a Dios y establecer la absoluta soberanía del Estado sobre los bienes materiales [...] y más que nada sobre las almas, sobre las conciencias, no sólo mediante el artículo 3º, sino mediante la legislación entera" (Abascal, 1980:165).

El sinarquismo se planteaba entonces como el "Amor al orden, defensa del principio cristiano de la autoridad, el que había que consolidar pugnando por un buen gobierno que dictara leyes justas" (Padilla, 1948: 111).

La UNS tenía sus principales fuentes de apoyo en la región del centro y del occidente de México; además había desarrollado importantes actividades en el sudeste, en particular en Yucatán y Tabasco. Asimismo, contaba con importantes contingentes entre los mexicanos que radicaban en Estados Unidos: unos eran trabajadores migratorios que procedían, fundamentalmente, de las viejas regiones del país, ya que habían sido expulsados por la escasez de tierras o por los efectos del rompimiento del sistema de la hacienda; otros residían en aquel país desde finales de los años treinta, cuando fueron expulsados debido a sus relaciones con el movimiento cristero (Meyer, 1977:44-50; Quezada, 1985:164-192).

Después de diez años de vida del sinarquismo, se podían reconocer varias etapas importantes con cambios sustanciales en la estructura y sentido del movimiento:

a) *El germen del sinarquismo (1932-1937)*

Durante estos años se promovió un reagrupamiento de las fuerzas católicas fomentado y vigilado por la jerarquía, que entonces estaba encabezada por el arzobispo de México, Pascual Díaz, y el delegado apostólico, Leopoldo Ruiz y Flores. Bajo la forma de las *Legiones*, los clericales impulsaron nuevamente la organización de sus fuerzas con motivo de las medidas anticlericales que caracterizaron a los gobiernos del Maximato y a los primeros años del régimen cardenista (Abascal, 1980:120-145; Ortol, 1984; Padilla, 1948:85-87).

La vigilancia eclesiástica respetaba las nuevas disposiciones pontificias respecto de las asociaciones de laicos; así, bajo la llamada Acción Católica, se dejaba a los seglares la defensa de la religión y se deslindaba de esta actividad a los sacerdotes y clérigos, al menos en apariencia, ya que este tipo de organización habría de ser promovido y dirigido por los jesuitas (Calderón, 1963:37; Meyer, 1981:14-15; Ortol, 1984:117).

Por ello la orden de los jesuitas fue la responsable de reagrupar a las fuerzas católicas dispersas desde los acuerdos de 1929 que pusieron fin a la guerra cristera. Como "consejeros", los jesuitas seleccionaron para líderes a probados católicos respetuosos de la autoridad romana, que en su mayor parte pertenecían a los grupos acomodados de ciudades como México, Guadalajara, Morelia, Querétaro y Guanajuato, sitios donde comienza a generarse la reorganización de los elementos católicos. Asimismo, buscaron contrarrestar a las fuerzas que disentían sobre los acuerdos y los nuevos grupos armados que actuaban en el occidente del país con motivo de las medidas anticlericales impuestas en los años del Maximato (Campbell, 1976:23-46 y 79-82).

b) *El nacimiento del sinarquismo (1937-1940)*

Hacia 1935-1936, las legiones comenzaron a resentir un debilitamiento en sus fuerzas sociales de apoyo, por lo que dos líderes de ese organismo presionaron a sus dirigentes ocultos para imprimirle otro sentido al movimiento; fue el momento en que la organización adoptó el nombre de *Base*, de donde habrían de bifurcarse varias alternativas políticas de los grupos clericales, entre ellas la UNS en 1937 y el Partido Acción Nacional en 1939. (Abascal, 1980:140, nota 1; Nuncio, 1986:39-42; Zermeño y Aguilar, 1987:1-13).

El reforzamiento del sistema presidencial, que se manifestó por medio de la expulsión del jefe máximo, Plutarco Elías Calles, redundó en un quebrantamiento paulatino del anticlericalismo, el cual se resguardaba sobre todo en los gobernadores y los cuadros políticos y sindicales identificados con el ex presidente Calles. Asimismo, comenzaba a perfilarse una modificación en las alianzas sociales de apoyo al régimen, debido a las

reformas en materia agraria y a la política laboral implementada por el presidente Cárdenas.

Estas nuevas condiciones, que habrían de producir paulatinamente una reconciliación con la Iglesia, culminaron con la designación de un arzobispo moderado en 1937: Luis María Martínez, quien fungiría además como el delegado apostólico. Centralizando la dirección de la iglesia mexicana, Martínez promovió el acercamiento y la convivencia con el gobierno, para lo cual hubo de acallar y debilitar a las posiciones radicales y armadas que aún buscaban la revancha contra el Estado mexicano (Michaels, 1969; Brown, 1964; González, 1981:22-27; Ludlow, 1987).

Sin embargo, la definición del *modus vivendi* debía todavía ser negociada en terrenos como el educativo, ya que la adopción del sistema "socialista" había significado el monopolio exclusivo del Estado en la educación nacional. Asimismo, se buscaba contrarrestar los apoyos sociales que el régimen cardenista había alcanzado gracias a los programas de reforma agraria; en este sentido, el combate al ejido fue una de las banderas más importantes de los sinarquistas, quienes lograron el apoyo de viejos peones de las haciendas y de habitantes de las rancherías; a estos grupos se dirigía fundamentalmente el discurso sinarquista, y en ese sentido debe entenderse que al lema de "todos proletarios", propuesto por las fuerzas comunistas, la UNS oponga el de "todos propietarios".

El sinarquismo de estos primeros años dedicó sus esfuerzos de proselitismo a ganar adeptos en el medio rural. Lázaro Cárdenas afirmaba, en 1947, que las fuerzas sinarquistas habían logrado agrupar "a los antiguos peones acasillados, a sus hijos que han crecido ya y a numerosos campesinos que no alcanzaron tierras en donde han vivido". (Cárdenas, 1973:260). Se trataba justamente de habitantes de la región central, donde el Banco de Crédito Ejidal sólo otorgaba el 17.9% de sus créditos a una población campesina que significaba el 50% de los ejidatarios del país, y donde la población analfabeta alcanzaba entre un 11 y un 15% (Shulgovsky, 1968:484).

Una gran cruzada de catequización fue realizada por elementos jóvenes provenientes de las asociaciones católicas de los medios urbanos, que buscaron en la sociedad rural los apoyos necesarios para frenar la fuerza de las bases sociales del gobierno cardenista y del Partido de la Revolución Mexicana, lograda fundamentalmente entre los ejidatarios de La Laguna, el Yaqui, Mexicali y Soconusco, que fueron las zonas más afortunadas del periodo y donde el sinarquismo encontró muy pocos adeptos (González Navarro, 1968:158).

El balance de esta primera etapa del movimiento sinarquista hecho por uno de sus principales ideólogos considera al movimiento en sus primeros años, los de la consolidación, como un éxito ya que había logrado "una de sus más urgentes misiones providenciales: su enorme fuerza campesina impidió que los comunistas desataran sobre México, durante el periodo cardenista, la noche roja" (Padilla, 1948:143).

c) *El auge del sinarquismo (1940-1944)*

A fines del régimen cardenista y en los primeros años del gobierno de Manuel Ávila Camacho, el país vivió sumergido en una convulsiva política, en donde se enfrentaron y polemizaron las fuerzas de izquierda y de derecha.

Es el periodo de la Segunda Guerra Mundial que provocaba la destrucción y la muerte en Europa y Asia. La extensión del conflicto hacia el continente americano provocó que Estados Unidos entrara al lado de las fuerzas aliadas en 1941. Esta decisión obligó a Estados Unidos a buscar un reforzamiento de su hegemonía sobre el continente americano para poder enfrentar a las fuerzas del Eje. Este cambio significó en los años siguientes la intromisión de varios países del continente en el conflicto bélico, los cuales se sumaron a las fuerzas aliadas, y la adopción de la bandera panamericana.

Al incorporarse México al conflicto bélico en mayo de 1942 comenzó a efectuarse un cambio en el escenario político nacional con el incremento del control sobre las fuerzas políticas extremas, que empezaron a ser subordinadas y silenciadas porque amenazaban el orden y la estabilidad internas. La política de "unidad nacional" ejecutada por el presidente Ávila Camacho se convirtió paulatinamente en el hostigamiento y la presión sobre los grupos disidentes, fueran de izquierda o de derecha.

Fue entonces cuando la corriente de izquierda, que hasta ese momento había dirigido el movimiento obrero, fue desposeída del control sobre ese sector. Asimismo, la derecha se manifestó por medio de agrupaciones laicas que en su mayoría eran de tendencia fascista o falangista y que presionaban por debilitar la corriente cardenista. Estos grupos, que se difundieron en los últimos años del régimen de Cárdenas y en los inicios del gobierno de Ávila Camacho, fueron silenciados en nombre de la "unidad nacional", con el argumento de que alteraban la estabilidad interna y contrariaban los principios panamericanos a los que se había sumado el gobierno mexicano (Campbell, 1976:120-136; Gill, 1944:19-41; *idem*. 1970: 71-102).

El control y debilitamiento de la derecha clerical se realizó fundamentalmente por medio de la disuasión, que en la mayoría de los casos fue ejecutada directamente por la jerarquía católica, la cual se sumaba a la política panamericana del gobierno. Un ejemplo de ello fue el del sector estudiantil que se agrupaba en la Unión Nacional de Estudiantes Católicos (UNEC), la cual fue disuelta por su negativa a incorporarse a la bandera panamericanista. La Iglesia desalentó la existencia de organizaciones secretas, a las que consideraba el arzobispo Martínez "apenas tolerables, de ninguna manera recomendables", razón por la que fue disuelta la UNEC y expulsado a Estados Unidos su principal asesor, el jesuita Vértiz (Calderón, 1963:163-172).

Por su parte, el sinarquismo había logrado una gran fuerza en los años

anteriores mediante una estricta jerarquización y disciplina del movimiento, que había sido calificado por sus líderes como un "ejército". Fueron los años de las grandes movilizaciones realizadas por una organización de carácter paramilitar que impuso Salvador Abascal, la cual permitía desplazar multitudinarios contingentes en diversos estados del centro del país, como sucedió en Morelia y en León para celebrar el cuarto aniversario de la UNS (Ludlow, 1977; Meyer, 1977:40-43 y 69-101).

Fueron también los años de la colonización hacia Baja California, tarea emprendida por el propio Abascal, quien abandonó por ello la directiva de la organización en manos de grupos más conciliadores, adeptos a los principios panamericanos (Abascal, 1980: cap. XIX a XXX; Padilla, 1948:223-299).

Las demostraciones de fuerza del sinarquismo bajo la jefatura de Salvador Abascal despertaron la desconfianza y el recelo de diversos sectores que realizaron una amplia campaña de condena y reprobación al sinarquismo. Durante esta época la UNS fue acusada de desarrollar una actividad quintacolumnista en el país, obedeciendo intereses y consignas del nazismo alemán. De este tiempo datan los escritos de Mario Gill (1944), de Betty Kirk (1942) y de Allan Chase (1943).

El ejemplo a seguir para los sinarquistas era la experiencia franquista, que luego de la caída de la República española había hecho el esfuerzo de unir ideológicamente los viejos principios del tradicionalismo católico español encarnado en la Acción Española con los lineamientos del fascismo y el nacional-socialismo, por lo que se prometía la instauración de un Estado católico nacional en España, el cual sería la expresión moderna del viejo Estado español de los reyes católicos (Hermet, 1980:103).

El hispanismo era necesariamente contrario al panamericanismo, en tanto que la admiración por España expresaba un sentimiento nacionalista de derecha que había sido tradicional en las pugnas entre Estado e Iglesia que habían caracterizado la historia del país.

Además, este obstáculo al panamericanismo que manifestaban los sinarquistas no se localizaba solamente en el país, ya que la fuerza de este movimiento se extendía a la población mexicana residente en Los Ángeles y en diversos puntos de los estados de Texas, Nuevo México y Arizona (Chase, 1943:173-175).

En Estados Unidos y en México fueron difundidas campañas de prensa para contrarrestar la fuerza del sinarquismo durante su periodo de auge. Los sectores oficiales participaron en esta política de hostigamiento a las fuerzas sinarquistas; en la cámara de diputados por medio del Comité de Defensa de la Revolución; asimismo, los sectores del Partido de la Revolución Mexicana emprendieron públicamente una campaña contra el sinarquismo, mediante manifestaciones en su contra o mediante la prohibición de pertenecer a las filas sinarquistas hecha por los directivos de la CNC y de la joven CNOP a sus afiliados (González Navarro, 1968:173-175; Moreno, 1980:80).

Por su parte, los sinarquistas, convencidos de su fuerza, respondieron frontalmente a la campaña, como ocurrió con el artículo periodístico de Juan Ignacio Padilla en *El Sinarquista*, donde invitaba a su "ejército" a sublevarse advirtiendo el peligro "comunista" que se apoderaba del gobierno de Ávila Camacho. La respuesta fue la prohibición del periódico oficial del sinarquismo y la aprehensión de Padilla, a quien se acusaba de haber violado el nuevo artículo 145 del Código Penal (Padilla, 1948: 265-267; Calderón, 1978:129).

Pero el golpe definitivo contra el carácter paramilitar que había adquirido la UNS bajo el mando de Salvador Abascal fue asestado por la propia directiva secreta con la venia del arzobispo de México (Abascal, 1980:657-687).

De 1942 a 1944, se realizó una amplia campaña antisinarquista. Por temor a las filiaciones o simpatías del sinarquismo con las potencias del Eje, el movimiento fue acusado de quinta columna de éstos por los sectores oficiales, que eliminan cualquier participación de la UNS entre sus filas. Una campaña de opinión contra este organismo se organizó desde Estados Unidos, debido a la fuerza del sinarquismo entre los residentes mexicanos del sur de este país y a su abierta defensa del hispanismo y su rechazo del panamericanismo. Asimismo, en el seno de la jerarquía eclesiástica el sinarquismo hizo peligrar la convivencia y colaboración entre el Estado y la Iglesia alcanzadas con el régimen avilacamachista, por lo que el arzobispo Martínez desvinculó a la Iglesia de las organizaciones sinarquistas y del PAN.

En noviembre de 1944, el arzobispo declaró:

Ni con el Partido Acción Nacional, ni con la UNS, ni con ninguna otra organización de carácter cívico o político, aunque estén formadas por católicos y tengan tendencias católicas, está vinculada la Iglesia católica de México, pues en muchas ocasiones ha afirmado y comprobado con su conducta, su propósito firme y sincero de mantenerse en el campo espiritual que le corresponde, por más que deje en libertad a los católicos para agruparse, bajo su propia responsabilidad, en las organizaciones cívicas o políticas que prefieran para cumplir sus deberes de ciudadanos, con tal de que no se aparten de las normas generales de la Iglesia.

Acción Nacional se sumó a esta declaración, en tanto que el sinarquismo respondió con beligerancia, ya que consideraba que su lucha contra los artículos 3º, 5º y 30º de la Constitución era "altamente patriótica en las presentes circunstancias de guerra, por constituir dichos preceptos, por su contenido antisocial y antirreligioso [...] llevaremos adelante nuestras campañas iniciadas" (Calderón, 1978:119-120).

d) *División y recomposición en las filas sinarquistas (1945-1947)*

El giro político de la UNS, ordenado por el organismo secreto (Alto

Mando) encabezado por personajes cercanos a la jerarquía y por asesores eclesiásticos, provocó una crisis interna que se prolongó durante toda la jefatura de Gildardo González (1945-1947).

Esta crisis tuvo varias expresiones. Una de éstas fue el debilitamiento en sus contingentes, producto del giro ideológico que se le había impuesto a la UNS, pero también resultado del hostigamiento a los simpatizantes de este organismo por parte de los sectores oficiales, que los expulsaban de las filas del Partido de la Revolución Mexicana, y del repudio de la Iglesia católica hacia esta organización. Según los datos de Meyer, el movimiento había incrementado su número de agremiados de 90 000 en 1939 a 560 000 en 1943, el momento de su auge, para reducirse a 100 000 a finales de la década de 1940 (Meyer, 1977:44).

Otro de los aspectos de esta crisis del sinarquismo fue la división interna entre los líderes e ideólogos más relevantes del movimiento, con lo que se expresaron discusiones y diferencias que durante varios años se habían retrasado y ocultado; por ejemplo, la controversia sobre permanecer como movimiento cívico, de acuerdo con la concepción de Abascal, o la alternativa de formar un partido político, opción respaldada por Torres Bueno, Padilla y González, entre otros.

Otro de los temas de discusión que enfrentó a la dirigencia sinarquista fue el relativo a la autonomía del movimiento. Aunque la jerarquía se había deslindado públicamente de la organización, el control eclesiástico subsistía por medio del Alto Mando.

Quizás el aspecto más notorio de la división en el mando sinarquista se expresaba en el terreno ideológico y político. Los puntos más relevantes de esta controversia se referían a la actitud que debían asumir los sinarquistas frente al poder político, pero también se discutía sobre el sentido que debía tener la organización de acuerdo con las pautas del sistema internacional al concluir la Segunda Guerra Mundial.

En el primer tema prevalecía la posición de "antigobierno", que había sido una de las características del nacimiento de la UNS; esta posición era mantenida por Padilla, y fue nuevamente puesta en práctica hacia 1947. Frente a ésta había otra tendencia que buscaba reconciliarse con el poder político; fue promovida por el nuevo jefe sinarca Torres Bueno (1943-1945), sucesor de Abascal, y sucedido por Gildardo González (1945-1947), para quien era necesario seguir "siendo sinceros ciudadanos que queremos colaborar dignamente con el gobierno en la consecución del bien común nacional" (Zermeño y Aguilar, 1987:14).

Había también incertidumbre en la dirigencia ideológica y política del sinarquismo respecto de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. En aquel momento estaba ya definida la política panamericana de las filas sinarquistas, pero no estaba todavía clara la correlación de fuerzas que mantendrían Estados Unidos y la Unión Soviética. Se comenzaba a vislumbrar que habría un rompimiento entre los bloques, lo que, según los sinarquistas, habría de beneficiarles porque esta alineación de la polí-

tica mexicana en el hemisferio occidental repercutiría en contra de las filas de la izquierda mexicana. Así lo consideraba el grupo encabezado por Torres Bueno, quien afirmaba que los Estados Unidos "exigirían al gobierno mexicano aniquilar a las izquierdas, por lo cual se verá obligado el presidente a ponerse en manos del sinarquismo y entonces éste tomará las armas, si es necesario (Abascal *apud Novedades*, 14 de abril de 1945, p. 712).

Durante los años de la jefatura de Torres Bueno (1942-1945) las filas sinarquistas se resquebrajaron y debilitaron. El retiro de Abascal para realizar la colonización en Baja California permitió al sector moderado de la UNS asumir el poder y encauzar las tendencias ideológicas de la organización; esto provocó la salida de Abascal en 1944, a lo que siguió un periodo de división interna entre los dos grupos directivos (Abascal, 1980:711-712; Padilla, 1948:301-306; Campbell, 1976:175-181), que culminó con un rompimiento con el Alto Mando y con el inicio de la jefatura de Gildardo González.

Este cambio estuvo negociado por la formación de un nuevo Alto Mando en manos del propio Torres Bueno. La jefatura de González significó igualmente un cambio sustancial en los mecanismos de selección del líder, ya que éste asumió el cargo después de una elección entre los jefes regionales, hecha con el fin de combatir el dominio del organismo secreto. Esta nueva directiva realizó una labor mediadora entre los grupos tradicionalistas y los sectores moderados del sinarquismo, evitando así los enfrentamientos estériles y los desgarramientos internos (Padilla, 1948: 309-315).

González efectuó una recomposición de las filas sinarquistas a partir de una medida que permitió adaptar al movimiento a las nuevas condiciones internas, y evitó a toda costa la división entre sus filas. Para ello, se logró por primera vez la redacción y aprobación de unos estatutos para la UNS durante la VII Junta Nacional de Jefes celebrada en diciembre de 1945, durante la cual se establecieron cambios sustanciales con respecto a la estructura del movimiento:

a) El jefe dejaría de ser designado para pasar a ser elegido por los jefes subalternos; el cargo quedaba restringido a dos años.

b) Con el fin de balancear el poder del jefe nacional y del Comité Nacional, se creaba una Junta Nacional Directiva con funciones legislativas, y un Tribunal Supremo de Honor y Justicia, el cual se encargaría de la revisión de los casos de disidencia y conflicto interno, función que antes residía en el eje nacional y en los ejes regionales.

c) El sinarquismo dejaba de proyectarse como un movimiento de corte confesional para asumir el carácter de una agrupación secular, aun cuando no dejaba de lado su catolicismo.

Durante la jefatura de González comenzó la institucionalidad del sinarquismo con la supresión del poder omnímodo y personalizado de los jefes y la introducción de algunas reglas de representación y elección de

sus dirigentes. Por otra parte, se trataba de una manifestación secular de las fuerzas clericales, que abandonaban así las posiciones revanchistas y confesionales que habían caracterizado a la UNS de los primeros años (Padilla, 1948:312-315).

Esta transformación del sinarquismo le permitió adoptar, un año más tarde, la forma de partido político bajo la denominación de Fuerza Popular (23 de marzo de 1946). Cada vez más lejos de las posiciones confesionales, el nuevo partido se presentaba como una alternativa populista para contrarrestar la fuerza de Acción Nacional entre los sectores más acomodados del país, y como oposición al predominio del nuevo partido oficial que tomaba la denominación de Partido Revolucionario Institucional.

Fuerza Popular logró tardíamente su registro oficial hasta finales de mayo de 1946, debido a las diferencias de opinión sobre esta agrupación expresadas en la Secretaría de Gobernación y en la Procuraduría General de la República. Se decía del PFP que “superaba el número de miembros exigidos pero, en cambio, no cubría el porcentaje relativo a entidades” (eran 13 099 afiliados distribuidos en 21 estados). En su primera participación en la vida electoral —en 1940 no habían aceptado apoyar a Almazán— quedaron ligados a las propuestas electorales de Acción Nacional, ya que entre sus 47 candidatos a diputados 7 de ellos fueron también propuestos por el PAN (Zermeño y Aguilar, 1987:23-25; Campbell, 1796:186; Calderón, 1963:209-210; Alemán, 1986:224).

Entre sus puntos programáticos estaba el compromiso de reforzar el “espíritu cívico de la Patria”, para lo cual demandaba la justicia y el “bien común” para el pueblo por medio de la alimentación, el vestido, la habitación, la seguridad y el respeto de las garantías y de la vida familiar; asimismo, el PFP se comprometía a defender la autonomía y fortaleza de los gobiernos municipales. Asumiendo las directrices anticomunistas, el nuevo partido conservaba su carácter antiliberal de antaño, basado en los principios de la doctrina social de la Iglesia para lograr un equilibrio entre propiedad y trabajo con la promoción de la industria y el respeto de la estabilidad entre el régimen privado y la forma ejidal e independiente de la propiedad de la tierra. Por último, rescataba la idea de un Estado responsable de la estabilidad y del orden social con base en las libertades individuales y el “bien común”, comprometido con la moralidad de sus funcionarios y respetuoso de la libertad en materia educativa y de la separación entre Estado e Iglesia (Padilla, 1948:323-335).

DE LA EFERVESCENCIA AL ESTADO LATENTE (1947-1952)

Al terminar la década de 1940 se definió la llamada política de bloques que encuadró las relaciones del mundo hasta finales de los años sesenta. La polarización entre el mundo occidental-capitalista y el mundo

socialista involucró no sólo a todos los países, sino que también determinó las actitudes y manifestaciones de actores en la órbita internacional, como ocurrió con la Iglesia católica.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, la política del Vaticano era sumamente criticada: por una parte, había quienes sostenían que Pío XII había asumido una actitud colaboracionista con las fuerzas del Eje; otros consideraban que la "neutralidad" había sido una política ambigua utilizada por la Iglesia para resguardarse de las acechanzas de un sistema totalitario, como lo era el nazi-fascismo. Por otra parte, los círculos más identificados con la política papal afirmaban que la neutralidad del Vaticano había permitido la protección de las minorías, evitando con ello un buen número de masacres.

De cualquier modo, la nueva situación de las fuerzas políticas en algunos países europeos y el dominio estadounidense, que comenzaba a hacerse sentir en diversas regiones del mundo, marcaron las nuevas directrices del Vaticano. Lo que ocurrió claramente al declararse la polarización del mundo entre el llamado bloque comunista y el capitalista.

Desde 1949, Pío XII ordenó a los grupos católicos italianos agrupados en Acción Católica abandonar las iniciativas de acercamiento con las fuerzas comunistas que combatieron el fascismo. Esta iniciativa culminó con la disposición del Santo Oficio de excomulgar a todo católico que cooperase o simpatizase con las fuerzas y planteamientos comunistas. Este rompimiento obligatorio del catolicismo con el comunismo fue sustituido por el apoyo a la formación de los partidos demócrata-cristianos que se expandieron en Europa —Italia, Alemania, Francia y Benelux— y en América Latina —Venezuela— (Aubert, 1975 y Fuentes Díaz, 1972:29-36).

Con la adopción de los principios occidentales y democráticos del sistema capitalista, el Vaticano estrechó sus lazos con los grupos católicos estadounidenses. Al mismo tiempo, éstos comenzaron una estrecha relación con la jerarquía eclesiástica mexicana, sustituyendo así los viejos lazos de amistad e intercambio con los clérigos españoles, que habían sido la tendencia dominante.

Entre los personajes más importantes para esta relación eclesiástica estuvieron el arzobispo de Nueva York, cardenal Spellman, quien fue uno de los portavoces claves del macartismo y de la guerra fría, y el jesuita Walsh, directivo de la Welfare Catholic. En ese tiempo el ex presidente Cárdenas comentó que ésta era una política asumida por el gobierno estadounidense bajo la consideración de que al apoyar "la propaganda católica en toda la América [...] cree] lograr por este medio la unidad de los pueblos para la mejor defensa de sus intereses capitalistas" (Cárdenas, 1973: 348).

Simultáneamente, en los años de posguerra, las jerarquías latinoamericanas sustituyeron las relaciones paternas por una estrecha colaboración con sus respectivos Estados, con el objeto de controlar la efervescencia social y política del periodo a fin de lograr una paz estable (Pike, 1975:

400-402). En el aspecto político, esta colaboración significó una mayor participación de la Iglesia en la sociedad, como sucedió en el campo educativo o en la vida política partidaria; influyó además en el ejercicio ideológico, que asumió la connotación anticomunista definida en esos años por el inicio de la guerra fría a partir de 1947.

Estos cambios se expresaron en México con un acercamiento entre el Estado y la Iglesia, sobre todo en el nivel de la socialización política (educación e ideología). Así, hubo un abierto respaldo del catolicismo en el país, como se observó en la visita del cardenal Villeneuve con motivo de la celebración del primer cincuentenario guadalupano (1945), el cual motivó numerosas concentraciones; asimismo, hubo un claro apoyo al culto de la Virgen de Guadalupe como símbolo irremplazable del catolicismo popular, como se percibió en el respaldo financiero y la ayuda proporcionada para la construcción de la Plaza de las Américas en la Villa de Guadalupe (Calderón, 1963:162; Miranda, 1974:233-258).

Por otro lado, se reformó el texto del artículo 3º constitucional, con lo que se permitió la participación de los sistemas privados (católicos) en el sistema educativo; esta medida, dictada en 1946, despertó el apoyo y simpatía de la jerarquía eclesiástica (Calderón, 1963:173-175; Alemán, 1986:301-311; Medina, 1978:359-83).

En 1947, volvieron a dominar en la UNS los elementos ultramontanos, y llevaron a Martínez Narezo a la jefatura nacional. Éste inició inmediatamente un rompimiento con la línea moderada encabezada por Torres Bueno e invitó a los viejos líderes a retornar al movimiento (véanse Zermelo y Abascal). Se marcó así un reinicio de las posiciones antigobier-nistas y antiestadunidenses del sinarquismo.

La autonomía de la UNS, lograda en septiembre de 1947, significó el último intento de estos sectores ultramontanos por recuperar la dirigencia. Padilla afirmaba:

La noche ha quedado atrás porque no podrán más estorbar nuestro paso, ni romper nuestra unidad los enamoradores de las tinieblas, los bien hallados en la práctica de manejar la sombra, que hicieron del ministerio un hábito y una supuesta necesidad de la masonería blanca, que no otra cosa fue la organización del A.M. una vez desvirtuada (Padilla, 1948:347).

La independencia de la UNS de los controles eclesiásticos que se ejercían por medio del Alto Mando se puso de manifiesto en la radicalización de sus acciones, por ejemplo en el encapuchamiento a Juárez luego de una concentración en el Hemiciclo en 1948; este hecho motivó el repudio de Fuerza Popular. Asimismo, los sinarquistas realizaron una campaña pública contra la llamada política de "rifle sanitario", ejecutada por asesores y fondos estadunidenses para acabar con la fiebre aftosa (Campbell, 1976:187-198; Zermelo y Aguilar, 1987:25-26; Alemán, 1986:279-282; Medina, 1979:189).

Los sinarquistas resumieron también su política antigubernista atacando al gobierno alemanista, y su rechazo a la política estadounidense rescatando nuevamente los planteamientos hispanistas. Estas campañas, a las que Padilla calificaba como fundamentales en la labor de "contrarrevolución" del sinarquismo, contrariaban la política de mexicanidad que difundía el régimen alemanista (Medina, 1979:176-194, 289-300; Moreno, 1980:24-32).

La modernización del autoritarismo y el reforzamiento del control político implicaron la expulsión de las manifestaciones extremas, de las disidencias políticas, que fueron sacadas de la arena política. La derecha clerical ultramontana, agrupada en las filas sinarquistas dirigidas por Martínez Narezo y más tarde por el propio Juan Ignacio Padilla (1951), fue atacada desde los organismos oficiales, pero también desde el seno de la jerarquía eclesiástica, la cual prohibió la celebración de actos sinarquistas en los recintos de la Iglesia.

CONCLUSIONES

El sinarquismo no desapareció totalmente. Se ha preservado como una fuerza política latente en la zona del centro de México: diversas poblaciones de Guanajuato, Michoacán, Agusacalientes, San Luis Potosí y Tlaxcala constituyen bastiones importantes de la UNS; son zonas que resienten el atraso y la pobreza del medio rural y están caracterizadas por el predominio de la pequeña propiedad.

Estos campesinos han mantenido vivo al movimiento político ya que han sido ajenos a una modernización desigual que ha dejado sin agua y sin crédito a fuertes contingentes campesinos y privilegiado a otras regiones agrícolas, y que, al mismo tiempo, ha centrado más bien todos sus esfuerzos en el proceso de urbanización e industrialización, dejando en el olvido y el rezago a la producción agraria.

Estos campesinos han preservado el movimiento sinarquista manteniendo la estructura familiar y otorgando una gran importancia a la mujer en esta labor de difusión y conservación de la llamada "moral sinarquista" (Falomir, 1987).

Asimismo, en el transcurso de los últimos años, estos contingentes sinarquistas se han manifestado como "grupos de presión" para contrarrestar los abusos de los agentes gubernamentales, así como para impedir la intromisión de la izquierda en localidades que conservan las características culturales e ideológicas de antaño, con lo que cumplen la función anti-modernizadora que dio vida y fuerza al sinarquismo desde finales del periodo cardenista.

La función del sinarquismo es ambivalente. Ya que por una parte se propuso ser el agente del freno de la modernización social y económica que anunciaron los regímenes posrevolucionarios. Pero precisamente por

cse inacabado y desigual proceso de modernización de los regímenes de la Revolución, el sinarquismo ha logrado sobrevivir y con ello ha podido colaborar en el reforzamiento de las estructuras dominantes.

BIBLIOGRAFÍA

- Abascal, Salvador (1980), *Mis recuerdos. Sinarquismo y María Auxiliadora (1935-1944)*, México, Editorial Tradición.
- Alemán, Miguel (1986), *Remembranzas y testimonios*, México, Editorial Grijalbo.
- Albert, R. (1975), "Le demi siècle qui a prepare le Vatican II", en Aubert, Bruls *et al.*, *L'Eglise dans le monde moderne (1848 a nos jours)*, París, Eds. Seuil, vol. 5, pp. 582-689.
- Bobbio y Matteucci (1892), *Diccionario de política*, México, Siglo XXI Editores.
- Brown (1964), "The Mexican Church and State Relations, 1933-1940", en *Journal of Church and State*, VI, 2, pp. 202-222.
- Calderón Vega, Luis (1963), *Cuba 88. Memorias de la UNEC*, 2ª ed., Morelia, s.p.i.
- Calderón Vega, Luis (1978), *Memorias del PAN*, 2ª ed. tomo I, México, Editorial Jus.
- Campbell, Hugh G. (1976), *La derecha radical en México, 1919-1949*, México. Secretaría de Educación Pública (SepSetentas, 276).
- Cárdenas. Lázaro (1973), *I. Apuntes 1941-1956*, tomo II, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Chase, Allan (1943), *Mexico Falange Concentration Point, Falange. The Axis Secret Army in the Americas*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons.
- Falomir, Celia (1987), *Mujer y familia en el sinarquismo, 1959-1961, je-fatura de Ignacio González Gollaz*, México, Universidad Iberoamericana, documento mimeografiado.
- Fuentes Díaz (1972), *La democracia cristiana en México ¿un intento fallido?*, México, ed. Altiplano.
- Gill, Mario (1944), *Sinarquismo, su origen, su esencia, su misión*, 2ª ed. del Comité de Defensa de la Revolución, México.
- Gill, Mario (1970), *La década bárbara*, México, s.p.i.
- González, Luis (1981), *Los días del presidente Cárdenas. Historia de la Revolución mexicana, 1934-1940*, vol. 15, México, El Colegio de México.
- González Navarro, Moisés (1968), *La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana*, México, Costa Amic Editor.
- Hermet, Guy (1980), *Les catholiques dans l'Espagne Franquiste*, París, Presses Universitaires des Sciences Politiques.
- Kirk, Betty (1942), *Europa vs. America. Covering the Mexican Front*, Universidad de Oklahoma.

- Ludlow, Leonor (1977), "La Unión Nacional Sinarquista (mayo de 1937-marzo de 1944)", en *Estudios Políticos*, UNAM, vol. III, núm. 10, abril-junio.
- Hermet, Guy (1980), *Les catholiques dans l'Espagne Franquiste*, París, Presses Universitaires des Sciences Politiques.
- Kirk, Betty (1942), *Europa vs. America. Covering the Mexican Front*, Universidad de Oklahoma.
- Ludlow, Leonor (1977), "La Unión Nacional Sinarquista (mayo de 1937-marzo de 1944)", *Estudios Políticos*, UNAM, vol. III, núm. 10, abril-junio.
- Ludlow, Leonor (1987), "Estado e Iglesia en el régimen cardenista: definición de la convivencia", en *Estudios Políticos*, Nueva época, UNAM, vol. 6, núms. 1-2, enero-junio, p. 40-52.
- Medina, Luis (1978), *Del cardenismo al avilacamachismo. Historia de la Revolución mexicana*, vol. 18, México, El Colegio de México.
- Medina, Luis (1979), *Civilismo y modernización del autoritarismo. Historia de la Revolución Mexicana*, vol. 20, México, El Colegio de México.
- Meyer, Jean (1977), *Le sinarquisme: un fascisme mexicaine? 1937-1947*, París, Hachette.
- Meyer, Jean (1981), "Disidencia jesuita. Entre la cruz y la espada", en *Nexos*, año IV, vol. 4, núm. 48, p. 13-23.
- Michaels (1969), "The Modification of the Anticlerical Nationalism to the Church State Detente in Mexico", in *The Americas*, xxvii, 1, p. 35-53.
- Miranda, Francisco (1974), *La Iglesia católica en el México contemporáneo. Historia de México*, vol. 10, México, Salvat Editores de México, S. A.
- Moreno Toscano, Alejandra (1980), *Los hallazgos de Ichcateopan, 1949-1951*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nuncio (1986), *El PAN. Alternativa de poder o instrumento de la oligarquía empresarial*, México, Nueva Imagen.
- Ortoll, Servando (1984), "Los orígenes sociales del sinarquismo en Jalisco, 1929-1939", en *Encuentro*, El Colegio de Jalisco, vol. I, núm. 3, abril-junio, p. 75-120.
- Padilla, Juan Ignacio (1948), *Sinarquismo: contrarrevolución*, México, Editorial Polis.
- Pike, F. B. (1975), "Le catholicisme en Amerique Latine", en Aubert *et al.*, *op. cit.*, tomo V, p. 353-418.
- Quezada Ortega, Margarita de Jesús (1985), *El sinarquismo. Un estudio regional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis.
- Shulgovsky (1968), *México en la escrucijada de su historia*, México, Fondo de Cultura Popular.
- Zermeño, Guillermo y Rubén Aguilar (1987), *De movimiento social a partido político. De la UNS al PDM*, México, Universidad Iberoamericana, 1987, documento mimeografiado.